

Entonces, como sucede en algunos de los *Romances de Coral Gables*, puede expresar, maravillosamente y en toda su profundidad, las sobrecogedoras situaciones de la existencia verdadera, es decir de la existencia de un yo indudable en un mundo indudable. Pocas cosas, a mi entender, merecen menos que esto el nombre de evasión o de torre de marfil.

Esta final revelación de su vida, expresada en su final canto conseguido, es la que cuaja por ejemplo en el poema "Del fondo de la vida". En ese espino seco del que habla el poeta encarna la visión, la revelación de la realidad, de que la realidad es verdad; la revelación de la consistencia de las cosas en su "expresión distinta", como dice el poeta; la certidumbre de que, como ha dicho

otro poeta actual, "la vida no es sueño". Ver esto, ver esta revelación viva, vivida, vital, ver esto en un espino real, como sentido de lo real, o, para decirlo con sus palabras, "como hueso semillero de lo real", verlo y expresarlo como él lo expresa, con su peculiar ritmo natural, con su peculiar estilo escogido, con sus ideas y su sentimiento, revelándose y construyéndose a un tiempo, dando voz a su destino en los dos sentidos de la palabra: como fatalidad aceptada y como sentido conquistado; hacer de todo esto: sensación e invención, idiosincrasia y cultura, facultades y albedrío, revelación y comprensión, realidad e ideal, todo fundido, una unidad viva y luminosa; eso es para mí la poesía, por lo menos la única que de veras me importa: la poesía viva.

El indio elegiaco se impacienta a veces y murmura: *Si quieres conmovirme, llora tú primero.* (París, 22 de diciembre de 1920.)

A lo cual contesto al instante: "¿Qué yo he estrangulado al indio? No fui yo, usted me confunde. Yo soy mucho más indio que usted."

Gabriel Alomar dijo, a propósito de *El plano oblicuo*:

Siento por Alfonso Reyes una grande admiración. Difícilmente podría asegurar cuál es la personalidad que en él predomina, si la del crítico de cultura honda y vasta o la del literato refinadísimo. En él se unen, además, otras dos cualidades, no siempre acordes en nuestros escritores: un dominio pleno de la cultura nacional española y una educación de verdadero *aristarca* literario, ciudadano de la metrópoli del espíritu, en un supernacionalismo disperso a través de la vana y común distinción de las patrias. Alfonso Reyes es un ejemplar exquisito del esfuerzo de superación americano, constituido por tres grados de elevación sobre el tronco natal: la percepción depurada del propio americanismo (grado subjetivo); la bebida de aguas vivas en el manantial de la estirpe española (grado instructivo), y la apelación a la resultante máxima de la cultura actual, en las grandes metrópolis (grado educativo).

Acabo de recibir de Alfonso Reyes un libro, en el cual se refleja esa personalidad múltiple y rica. Se titula *El plano oblicuo*. Es una colección de cuentos y diálogos. Como pertenecen a diversas épocas, se ve a través de ellos la formación personal del autor. La divina Ironía sonríe (no sé si tristemente) bajo esas narraciones de gracioso funambulismo. Un ave ha pasado sobre nuestra lectura. ¿El cuervo de Poe? ¿El buho de Atenas? Yo creo que es el azor invisible de nuestras ceterías, siempre a la caza de la emoción eternamente nueva. Hay en esas páginas, singularmente, un diálogo entre Aquiles y Helena que parece continuación mental de las escenas del segundo *Fausto*, cuando Mefistófeles, disfrazado de Forkya, prorrumpe en burlas sardónicas, en pleno retorno de la herencia trágica, mientras Helena traspone de nuevo el umbral del palacio de Menelao en Esparta. Rectifico: he dicho "Ironía", y debí decir *humor*. Esa página y las del otro diálogo burlesco-erudito entre Eneas y Ulises son cepas de la vid heiniana. Reyes es un bulbul mexicano que anidó en los parques de Dusseldorf... Pero que aprendió también a cantar en el jardín paterno de Hardenberg, "a quien los libros llaman Novalis".

Pero ¿qué estridencia triunfal y satirizante corona el final de esa faciecia? ¿No será el cacareo del gallo socrático que se le escapó a Critón al ir a sacrificarlo a Esculapio? "El gallo, a voz en cuello, clarinea: ¡Acuérdate de aquel día." (*Los Lunes de EL IMPARCIAL*, Madrid, 2 de enero de 1921.)

En 21 de febrero de 1921, Manuel F. Cestero escribía a Pedro Henríquez Ureña (creo que de una a otra ciudad de los Estados Unidos):

Leo el libro de Alfonso... Buscando la justificación del título, he hecho esta observación que parece justificarlo. Leo *La cena*, por ejemplo. En uno que otro párrafo, cuando mi espíritu empieza a emocionarse, Alfonso corta la emoción y sigue impertérrito devanando la seda de su discurso. Para convencerme de mi observación he buscado en otros capítulos lo que en *La cena* encontré, y me ha sucedido lo mismo. Se siente esto: como si caminara uno por sobre una fresca y suave superficie plana, y de momento lo sorprendiera un declive por donde el cuerpo se corriera asustado, hasta no lograr por sí mismo ponerse nuevamente de pie. ¿Me explico bien?

Más o menos, esto había de decir en un extenso artículo "Ensayos críticos: Alfonso Reyes" (*Cuba Contemporánea*. La Habana, febrero de 1922).

En cuanto a los que creyeron ver en mi libro no sé qué peligros exóticos, asumiendo una actitud "racista" *avant la lettre*, parece que les contestara ahora el malogrado profesor Manuel Olgún, de la Universidad de Los Angeles, quien, examinando mis ataques contra las impostu-

## HISTORIA DOCUMENTAL

### XI. *El Plano Oblicuo*

(Segundo artículo)

3.

**E**L PLANO OBLICUO fue recibido con un gustoso desconcierto. Venía de zonas aún no frecuentadas entonces. Ante todo —como siempre me ha sucedido a lo largo de mi carrera— la crítica y los amigos manifestaban cierta extrañeza por el hecho de que yo mezclase la erudición y la poesía — en verso o en prosa. "¿Cómo usas sombrero, si usas zapatos?", parecen preguntarme una y otra vez.

—Usted no nos engaña, Reyes —dijo Valle-Inclán hojeando el libro—. Usted fuma marihuana como yo, o toma alguna cosa...

—Agua destilada —le dije—. Todo eso no entra, sino sale. Lo traigo adentro, sencillamente, y tal vez por eso vale poco.

Félix Lizaso escribía a José María Chacón:

Alfonso me mandó su *Plano oblicuo*... No sabe usted qué inquietud me produce ese aspecto de su talento. Noto por suerte, en las fechas de los trabajos, que son de hace mucho tiempo. Reconozco que me gustan, pero me desconciertan completamente. (De la Habana a Madrid, 14-xii-1920.)

Y al mes siguiente, me escribía más o menos: "¿Cómo es usted? ¿Está usted en sus cosas o es su antípoda quien las escribe?"

Arturo Farinelli me había escrito poco antes:

Francamente, me sorprende esta nueva (?) actividad suya, la destreza, originalidad, malicia, el humor de su narración un poco a lo Hoffmann, a lo Poe, con recuerdos de lecturas espiritistas y con una mezcla de las lecturas y cosas españolas que muchos pudieran envidiarle. Las bizarrías más extremas no podrán agrandar a muchos: desconcertarán... Pero ¿dónde diablos halló la provocación para estas sus bellas y originales divagaciones? (Barcola, presso Trieste, 11-xi-1920.)

Rufino Blanco Fombona me confesaba así su desazón:

Me ha producido (el *Plano oblicuo*) una sensación de extrañeza constante, desde la primera hasta la última página. Nada más distante de toda cosa corriente, sin caer en rebuscamientos ni de tema ni de exposición. Se advierte un carácter y una pluma husmeadores de sensaciones difíciles y nuevas, un conocedor de varias literaturas, un erudito

## de mis LIBROS

Por Alfonso REYES

artista, un hombre que autoriza con su nombre y con su arte modos de sentir y de pensar de razas muy distintas de aquella a que pertenece. Para ilustrar con ejemplos y pormenores lo que digo en cuatro palabras de resumen, necesitaría escribirle un folleto, no una carta. (Madrid, 20 de oct., 1920.)

Ventura García Calderón dejaba traslucir, con otras palabras, una impresión percibida:

Para corresponder en algo a su gentilísimo envío del *Plano oblicuo* le mandaré dentro de pocos días un nuevo libro, *Cantilenas*, en donde sale a luz el indio elegiaco que todos llevamos adentro. Usted ha estrangulado al indio. *Tant mieux ou tant pis ou tant mieux*, decía Verlaine. Un ario burlón, un Estebanillo filósofo se desliza por el plano oblicuo para explorar todos los recodos del espacio y del tiempo. No se fatigará como Bouvard y Pecuchet, porque lo lleva de la mano la musa de la ironía; pero algunos desearíamos que le acompañase también la musa de la piedad.



A. Farinelli— "bellas y originales divagaciones"

ras "racistas" en *Tentativas y orientaciones*, etc., escribe:

La demoleadora crítica a que se somete este pretexto en éste y otros escritos, introduce una gran corriente de aire fresco en el ensayo hispanoamericano, tan viciado de *racismo*.

Recuérdese cuántas veces, desde Alberdi y Sarmiento hasta Blanco-Fombona, nuestros ensayistas han invocado el término "raza" —¿contaminación del idealismo romántico de Schelling y Herder en extraña alianza con el positivismo?— para explicar nuestras costumbres e instituciones ("La filosofía social de A. R.", *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXI, N° 1, enero de 1955; pasaje más tarde recogido en su libro *Alfonso Reyes, ensayista*. México, 1956).

En carta del 24 de enero de 1921, dirigida a J. García Monge, le decía Rafael Heliodoro Valle:

A. R. nos acaba de conturbar con *El plano oblicuo*, porque juega con lo absurdo como un protagonista que se complace en ser la víctima. (*Rep. Americano*, Costa Rica, enero de 1921.)

¡Y todo ese pretendido exotismo —como lo he confesado a propósito de *La entrevistista*— era fruto de mi ambiente juvenil mexicano! Claro que incluyo en el ambiente las auras culturales que se respiran, y no sólo las realidades groseras y de primera instancia. Un escritor que siempre ha pisado el suelo firme y nunca se ha perdido en las nubes, en vez de manifestar extrañeza ni sobresaltos, me escribía, acertando a expresarlo todo en dos palabras:

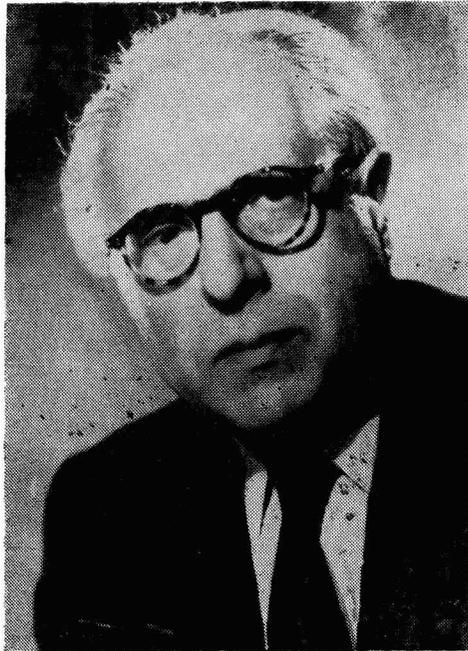
En esas páginas, tanto como la tuya, siento que está mi juventud ¡todo un jirón del pasado! (Carlos González Peña, México, 21 de enero de 1921).

Pues, en efecto, el libro era, en el riguroso sentido cronológico, un pasado, para el año en que salió a luz. La crítica no siempre se tomó el trabajo de examinar las fechas de estos cuentos, y de aquí que a veces los entendiera como productos de "las últimas modas y los últimos modos", —como dijo Cipriano Rivas Cherif (*La Pluma*, Madrid, noviembre de 1920)—, modas y modos a que en varios años se adelantan. Por su parte, Francis de Miomandre escribía más tarde:

Los cuentos del *Plano oblicuo* son ya célebres. Aparecieron en 1920, y es lástima que el público francés no los haya conocido entonces, pues hubiera apreciado a qué punto influían ya en A. R. ciertas preocupaciones estéticas que más tarde se han generalizado. (*Le Manuscrit Autographe*. París, v, N° 26, marzo-abril de 1930.)

Aún no se habían expresado en modas ni en modos esas preocupaciones estéticas.

Por supuesto, no todo había de ser extrañeza. Hubo crítica, y de la más comprensiva —amén de los textos ya citados— en páginas de Antonio Espina (*España*, Madrid, 13 de noviembre de 1920); Ramón López Velarde (*México Moderno*, México, 1º de diciembre de 1920); Guillermo de Torre (*Reflector*, Madrid, diciembre de 1920); Gabriel Alomar (*El Imparcial*, Madrid, 2 de enero de 1921); una nota anónima de la *Revista de Revistas* (México, 9 de enero de 1921); otra de Carlos González Peña, también anónima (*El Universal*, México, 20 de diciembre de 1921); del fiel y ecuánime dominicano don Federico García Godoy, siempre tan atento a mis libros; y todavía en este último lustro, por no haber conocido antes el *Plano*, el gran crítico chileno "Alone" (Hernán Díaz Arrieta), le dedicó unas palabras llenas de simpatía (*El Mer-*



J. Cassou— "todo es mito y proyecto"

curio, Santiago de Chile, 26 de septiembre de 1948). Es singularmente expresivo (porque manifiesta la atracción que el libro le produjo, despertando en él —que aún era un novato— una especial curiosidad por ciertos aspectos del romanticismo germánico) el artículo que escribió Jean Cassou en la *Revue de l'Amérique Latine* (París, abril de 1924).

El libro tentó a los traductores. El 11 de enero de 1931, G. Jean-Aubry (traductor de Conrad, ejecutor literario y biógrafo de Larbaud), me manifestaba el deseo de trasladar al francés la *Lucha de patronos*. No llegó a hacerlo. Varios cuentos del *Plano* han sido traducidos, ya parcial o ya íntegramente, y los enumeraré por orden creciente de "lejanía lingüística": 1) Al portugués: "A primeira confissão" ("La primera confesión"), trad. de Cira Nery, *A Cigarra*, Río de Janeiro, ¿1951? 2) Al italiano: "La prima confessione", trad. fragmentaria de Massimo Mida (Massimo Puccini), *Il Novo Corriere*, Florencia, 29 de junio de 1948. 3) Al francés: "Lutte de Patrons" ("Lucha de patronos"), trad. de Georges Pillement, *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1º de diciembre de 1922; "Le Repas", ("La Cena"), trad. de Jean Cassou, *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1º de abril de 1924; "La première confession", trad. J. Cassou, *La Revue Bleue*, París, 17 de julio de 1926; "L'Entrevue", ("La Entrevista"), trad. J. Cassou, *Le Mail*, París-Orléans, junio de 1928; "Comment Chamisso dialogue...", ("De cómo Chamisso dialogó..."), trad. J. Cassou, *La Nouvelle Revue*, París, octubre de 1928; recogido en el vol. de G. Pillement, *Les Conteurs Hispano-Américains*, París, Delagrave, 1933. 4) Al inglés: "The Supper", ("La Cena"), trad. E. Smiley, *Adam*, Londres, julio-agosto de 1947. 5) Al alemán: "Die verschwundene Königin", ("La Reina perdida"), trad. Inés E. Manz, *Neue Zürcher Zeitung*, Zurich, 13 de abril de 1930.

Jean Cassou llegó a traducir todo *El plano oblicuo* y aun había añadido al final, para aumentar el volumen, una traducción del ensayo *Huelga*, escrito el 13 de agosto de 1917, inédito entonces y luego recogido al final de *Las visperas de España* (1937). Se manifestaba muy im-

presionado ante las posibles influencias del romanticismo germánico que él creía advertir en el *Plano oblicuo*, y que él mismo deseaba poner a contribución en su primera novela, ya en marcha por aquellos días. Antes había traducido a Unamuno, a Ramón Gómez de la Serna, y era un exceso de benevolencia que todavía se interesaría por traducirme y publicar mi obra en francés.

Me escriben de París —decía Rafael Heliodoro Valle— amigos fieles, que son escritores sin padecer envidias. Dicen en sus cartas toda la alegría que sintió la colonia de lengua cervantina cuando supo que la Librairie Gallimard, la editora de la *Nouvelle Revue Française*, iba a publicar en lengua molieresca su libro de cuentos *El plano oblicuo*, traducido por Cassou, y que ha entregado, para ser vertida al mismo idioma, su estupenda *Visión de Anáhuac...* (*El Mundo*, La Habana, 9 de abril de 1926 y *El Universal Ilustrado*, México, 6 de mayo, 1926).

Pero Cassou tuvo mala suerte con los editores. Anduvo de Herodes a Pilatos. Intentó cierta editorial del boulevard Saint-Germain con la que Ventura García Calderón tenía algunas relaciones; después, llamó a la puerta de Émile Paul, recomendado por Edmond Jaloux; más tarde, en Gallimard, donde ya me habían citado para firmar el contrato, le perdieron los originales, y él hasta llegó a creer (según me dijo) que le ponían obstáculos para obligarlo a darles contra su voluntad no sé qué libro de su cosecha. Habló a Corrêa, a Dujardin, a "Excelsior", y al fin pensó en publicar el libro por su propia cuenta... Sus cartas me han permitido reconstruir esta historia, que va desde Madrid, septiembre de 1923, hasta septiembre de 1930 y cubre, durante estos siete años, mis últimos días de España, mi permanencia como Ministro en París, mi regreso a México, mis Embajadas en Buenos Aires y en Río de Janeiro.

¡Pobre *Plano oblicuo*! —me escribía en su última carta referente a este triste asunto— Ha visto usted cuán fabulosa es la vida? ¡Todo es mito y proyecto!

Así es, realmente, y a veces raya en lo increíble. Por lo menos, me he quedado con una buena cosecha de misivas del querido amigo Cassou, donde no son lo menos interesante las consultas que me hacía sobre lugares dudosos de su traducción.

Esta historia de las traducciones de Jean Cassou —que acaso me decida yo a publicar por mi cuenta algún día —si él me autoriza— merecería capítulo aparte. Jean Cassou había aparecido por Madrid entre agosto y septiembre de 1923, y al instante habló de traducir al francés *El plano oblicuo*. De entonces data nuestra larga y firme amistad. Nunca olvidaré el mensaje que me mandó cuando, en estos últimos años, combatía por la Francia Libre. El mensaje asumió la forma de un artículo publicado en varios periódicos de la América del Sur: *Un verdadero humanista*. Desde aquel sitio y en aquella hora de peligro, el excelente escritor y amigo echaba a volar su pensamiento y se encontraba con las memorias de nuestra convivencia en Madrid y en París.

El año de 1954, el sabio amigo Fernand Braudel se ofreció espontáneamente a averiguar la posibilidad de que se publicasen las traducciones de Cassou y de Pillement.

Le envié los datos, pero nunca volvió a decirme una palabra.